

pueblos se movieron á través del diafragma del Asia, hubo de elevarse un centro de población en aquel encuentro de los caminos.

Llegado á la vertiente septentrional del Hindu-Kuch, probablemente á la bajada del collado de Kawak (Khawak), Alejandro realizó su proyecto que era á la vez destruir toda insurrección y ascender hasta los últimos límites del reino de los Acheménides en la dirección del Norte. Franqueó, en efecto, el Oxus y el Iaxartes y fundó la «última Alejandría», no lejos de Cirópolis, que pasaba entonces por ser el límite del mundo civilizado á la entrada del país de los bárbaros. Habiendo atravesado de nuevo los montes que llamaba el Cáucaso, esta vez por el collado de Bamian, sólo faltaba descender hacia las llanuras de la India por el valle del Kopphen ó río de Kabul. Una parte de su ejército tomó, en efecto, este camino histórico, el camino por excelencia de la India; sin embargo, impulsado por su vanidad, Alejandro se detuvo para guerrear en el país que se imaginaba ser la patria de Dionysos y de Hércules porque la viña silvestre crece allí en abundancia¹. Allá se elevaba la misteriosa roca de Aornos, «Sin aves», que era tan alta que el ala del águila no podía alcanzarla ni el poderoso Hércules pudo llegar á su cumbre; pero de la cual Alejandro, «más grande que los dioses», no dejó de triunfar.

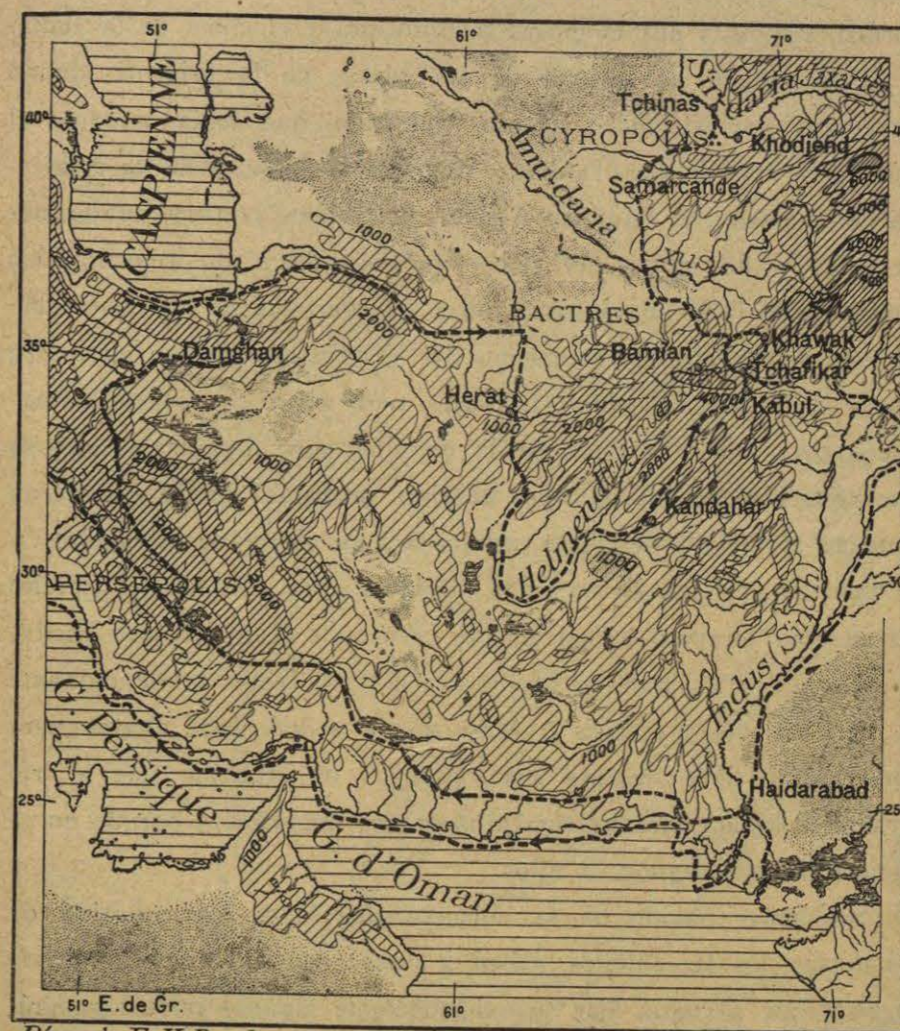
Los conocimientos geográficos de los compañeros de Alejandro eran demasiado imperfectos para que sea posible reconstituir los itinerarios de esta parte de la famosa expedición; pero al extremo á que llegó en el interior de la India, al otro lado del gran río, no podía llegarse más que por el mismo camino superiormente indicado por la Naturaleza y que fué seguido en todo tiempo por los predecesores del Macedonio, como lo fué también por todos sus sucesores. Necesitó franquear el Indo inmediatamente bajo la confluencia del río de Kabul, en el punto en que la ancha corriente que viene del Este reúne sus aguas errantes en la llanura para penetrar en una estrecha sima de inabordables acantilados². Hacia el origen de la angostura indicada, ya que no por un trazado riguroso é inflexible, al menos en su dirección general por el movi-

¹ Wilson, *Ariana*, p. 193.

² Véase el mapa n.º 241, p. 155.

miento del suelo, la agrupación de las poblaciones y la posición de las ciudades, el itinerario de la expedición debía ser sensiblemente

N.º 245. Alejandro en Irania.



D'après E. H. Bunbury.

1 : 20 000 000

0 300 600 1200 Kil.

Comparando este trazado de las campañas de Alejandro con el del mapa n.º 170, pág. 335, tomo II, pueden notarse algunas pequeñas diferencias. Ciertos autores encuentran las ruinas de la Alejandría del Cáucaso en Kerinan (15 kilómetros al oeste de Kabul), otros, y son el mayor número, en Tcharikar (60 kilómetros más al norte). La Alejandría más lejana está en el valle del Iaxartes, sea en Khodjend, sea en Tchinás, sea hasta, según algunos, en Marghinan (200 kilómetros al este de Khodjend).

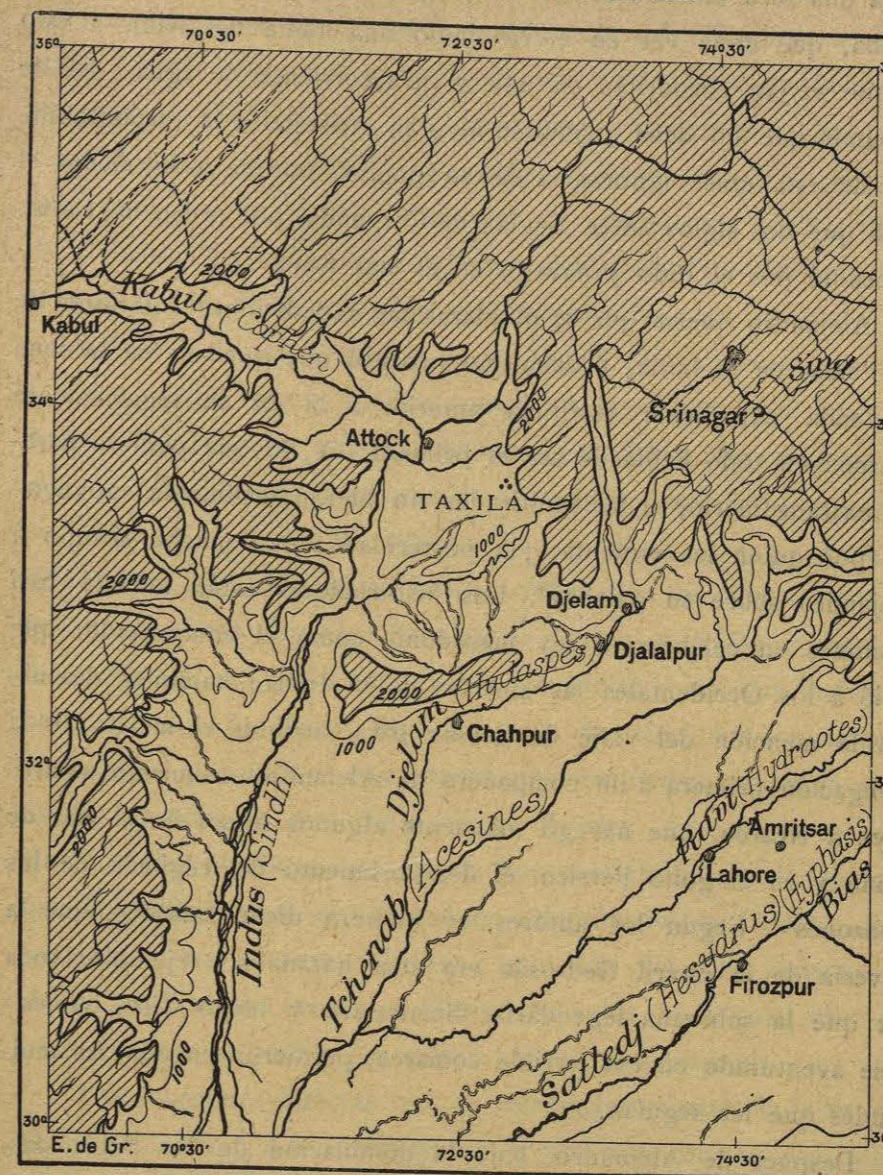
paralelo á las aristas del Himalaya y á todo el conjunto orográfico de las ante-montañas, de los taludes, de las corrientes que se espar-

cen en la llanura y de los espacios desiertos incultivables que se prolongan al Sud. Los caminos que se trazaron bajo los pasos de las caravanas y de los ejércitos, el antiguo «Camino real» y, desde la mitad del siglo XIX, la línea del ferrocarril siguen todas esa dirección normal, impuesta por la misma arquitectura y el clima de la India.

Cunningham ha encontrado las ruinas de la primera ciudad atravesada por Alejandro al este del Indo, que tenía entonces el nombre de Takchasila (Taxila). Medio siglo después fué la residencia del famoso rey budhista Açoka, el ferviente constructor de monasterios y de stupas, el celoso propagandista que enviaba los apóstoles de la fe nueva hacia todas las comarcas de los contornos. Al este de Takchasila, el camino del ejército macedónico encuentra el río Hydaspes ó Djelam (Djhilam), pero sobre sus orillas los arqueólogos sienten la duda de la elección para designar, según su interpretación de los autores, el sitio probable donde estuvieron situadas la ciudad de Nicea, edificada á la gloria de Alejandro, y de Bucéfalo, erigida en recuerdo de su caballo. Después el ejército macedónico atravesó sucesivamente otros dos de los «Cinco Ríos», el Acesines ó Tchínab, el Hydraotes ó Ravi, luego se detuvo ante la corriente del Hyphasis ó Bias, donde erigió doce altares para conmemorar para siempre sus victorias; es probable que el río errante derribara esos monumentos en una inundación, porque no se encuentra resto alguno de ellos.

Sin haber pasado de la comarca del Indo, ya conocida de los Persas, los Macedonios daban á conocer un itinerario bastante preciso, que permitía fijar aproximadamente algunos puntos geográficos. Acerca de esto el regreso fué todavía más instructivo. Navegando sobre el Hydaspes, cuya corriente, uniéndose por la parte inferior con el Indo, llevó al conquistador hasta la proximidad del mar, Alejandro empleó nueve meses enteros para un viaje que podría realizarse en quince días, pero dos cuerpos de ejército le acompañaban por tierra, uno á derecha, otro á izquierda, y de vez en cuando descendía para guerrear contra las poblaciones que no se sometían al paso. Llegado á la cabeza del delta fluvial, exploró sucesivamente los dos brazos principales hasta el mar, para contemplar el Océano Índico y presenciar el fenómeno, terrible para él, de

N.º 246. Alejandro en el país de los Siete Ríos.



1: 5 000 000

0 100 200 400 Kil.

Los únicos puntos del itinerario de Alejandro en el Pendjab que se hayan fijado con grandes probabilidades son Attock y Taxila. Respecto del resto todo son conjeturas. El punto de paso del Hydaspes se ha buscado en Djelam y en Djalalpur, pero podría estar en otra parte. La ciudad de Sangala ha sido identificada con Lahore, Amritsar y muchas otras ciudades entre el Hydraotes y el Acesines. Se ignora si el punto extremo de la expedición fué en la parte superior ó inferior de la confluencia del Hyphasis y del Hesydrus, la cual, antes de 1796, se hallaba en la proximidad de Firozpur.

la marea, porque la corriente de flujo causó graves averías á muchos de sus barcos. Antes de bajar por el Indo, Alejandro se for-

maba una idea tan confusa de la geografía de los países que atravesaba, que creía ver en el río indio una rama del Nilo, y esto porque vivían cocodrilos en una y otra corriente de agua. Es de presumir que no deba atribuirse al gran Aristóteles la responsabilidad de esta crasa ignorancia de su pupilo, porque á lo menos él sabía que dos siglos antes, Scylax de Caryanda, por orden de Darío, descendió por el Indo y navegó en el mar Rojo ¹.

Alejandro quería que se olvidaran las expediciones anteriores de los Persas en la India, y asimismo procuró que quedara en la sombra toda expedición marítima anterior á la de su lugarteniente Nearco: en todo había de ser el primero. Y, lo que pudiera parecer extraordinario, si las multitudes no fueran fácilmente subyugadas por quien las violenta, ¡la posteridad creyó mucho tiempo á Alejandro sobre su palabra! Los historiadores están todavía casi unánimes en celebrar al rey macedonio como el conquistador que abrió á los Occidentales las puertas de la India; también descuidan la mención del viaje de Scylax para atribuir el mérito de la navegación primera á un compañero de Alejandro; asimismo se atribuye á Nearco, que navegó solamente algunos meses en el mar de Omán y en el golfo Pérsico, el descubrimiento del régimen de los monzones ². Según los autores, se hubiera dicho también que la travesía de la estéril Gedrosia era una hazaña sin ejemplo, toda vez que la soberana legendaria, Semíramis, y luego Ciro, habiéndose aventurado en esa terrible comarca, perdieron en ella las multitudes que les seguían.

Después de Alejandro, bajo la dominación de los Seleucidas, se hicieron más frecuentes las relaciones entre los Griegos y los Hindus; también es cierto que no hubo solución de continuidad desde el punto de vista histórico, y que las satrapías instituidas por Alejandro sobre el Indo fueron conservadas por su sucesor al occidente del gran río ³ y provistas de nuevos titulares. Pero una modificación profunda acababa de producirse en el equilibrio político de la India septentrional. Un monarca poderoso, Tchandra-Gupta,

¹ Herodoto, *Historias*, IV, 44.

² Leop. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, p. 213.

³ Bunbury, obra citada, p. 554.

el Sandracottus de los Griegos, que residía en Pataliputra (Palibothra), la moderna Patna, en la confluencia del Ganga y del Son, había reunido bajo su poder todas las poblaciones de la cuenca gangética y sus ejércitos avanzaban hacia la cuenca de los Cinco Ríos: Seleuco comprendió que había de luchar contra un enemigo muy poderoso y trató de defender las conquistas de Alejandro. Hizo evacuar la región del Pendjab y cedió todos los distritos de la llanura al sud de los pasajes del Paropamisus, en cambio de la amistad de Tchandra-Gupta y de un regalo de quinientos elefantes, precioso auxilio en sus guerras contra los otros herederos del Macedonio. A título de aliado, envió su embajador Megasthenes á la corte de Pataliputra, y gracias á ese griego inteligente, que residió muchos años en las riberas del Ganga, y que parece haber sido menos inclinado á las exageraciones que la mayor parte de sus compatriotas, los Occidentales de Grecia y Roma aprendieron casi todo lo que podía saberse de la India y de sus habitantes hasta el viaje de Vasco de Gama: sus descripciones, reproducidas por Arrien y Strabon, comentadas por Eratóstenes con la ayuda de la relación de otro viaje, el de Patroclo, fueron durante dieciocho siglos el documento clásico por excelencia. En la época en que Megasthenes era el huésped de Tchandra-Gupta, la casta de los brahmanes era todavía soberana, pero los filósofos sarmanes, es decir, los Sramana, como se designaba á los budhistas, eran muy considerados: el pueblo los miraba como sus salvadores.

Las relaciones directas que se establecieron entre la India y las tierras ribereñas del Mediterráneo y que pusieron en movimiento grandes masas de hombres, produjeron sin duda algunos progresos considerables en todos conceptos. « ¡Los Yavana saben todo, se dice en un versículo de los Mahabharata, y su fuerza es superior á la de los otros hombres! » La influencia helénica se manifestó directamente hasta en el terreno de la ciencia, puesto que existen tratados astronómicos hindus que, fechados en los primeros siglos de la era cristiana, reproducen palabras griegas, tales como « centro », « diámetro », « hora », bajo formas poco modificadas ¹. El texto

¹ Vivien de Saint-Martin, *Traité sur la Géographie grecque et latine de l'Inde*, p. 192.

de esas obras demuestra con toda evidencia que las teorías de origen occidental habían sido importadas por la vía de Alejandría, «Yavanapura», que era entonces la ciudad helénica por excelencia. Aparte de la astronomía, no parece que la India haya recibido mucho de Occidente en aritmética y en álgebra: sin intervención de los Griegos los Hindus parece que habían hallado el sistema de numeración llamado «árabe», caracterizado por la posición respectiva de las cifras en columnas distintas como las filas de bolas en el abaco, y por la figuración del punto ó cero, que representaba primeramente el vacío intercalar de las columnas, así como la falta de las unidades finales¹.

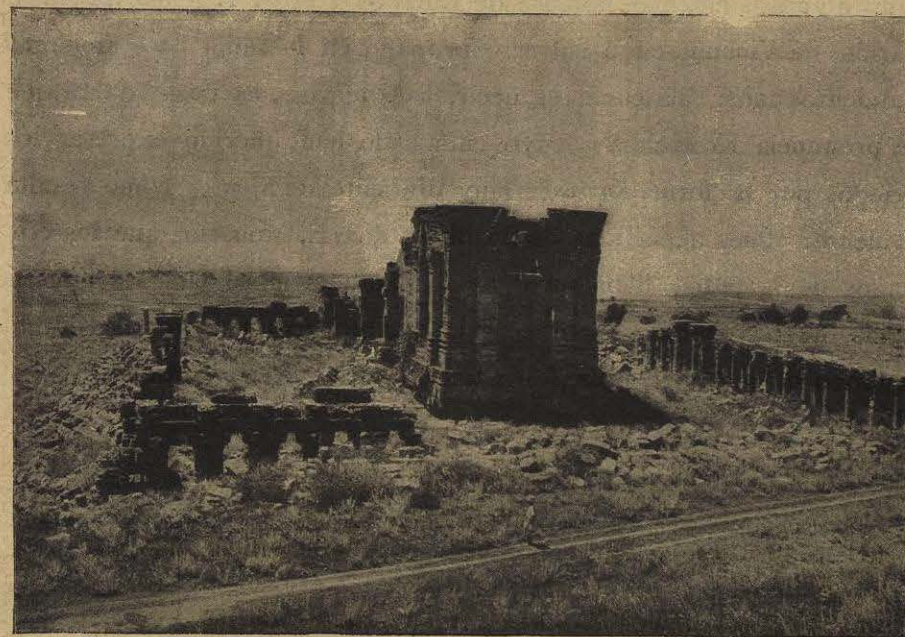
La influencia griega se ha manifestado principalmente en la escultura y en la arquitectura. Las formas regulares del stupa búdhico, casi semejantes á las de una campana y probablemente inspiradas por un simbolismo análogo, no podían ser modificadas, puesto que la costumbre las imponía, pero las estatuas figuradas sobre esos monumentos atestiguan el estudio de las obras del arte griego; probablemente trabajaron escultores helenos para los soberanos de la comarca, porque se sabe que después de la embajada de Megasthenes, los altos personajes de la cuenca gangética llamaron á su corte gran número de actrices y de bailarinas², á quienes acompañaron otros Griegos distinguidos por sus conocimientos ó sus prácticas de arte. En el país de Kachmir, que se halla en una cuenca de las montañas muy apartada del camino histórico de la India, pero donde, por consecuencia, los edificios han tenido la probabilidad de conservarse intactos, se cuentan más de setenta templos cuyo estilo es evidentemente greco-bactriano, y, entre esos santuarios, hay uno, el de Martand, cuyas columnatas y bajos relieves son de la más alta elegancia: todos los viajeros están conformes en ver en ellos una obra de los arquitectos helenos³. El arte del grabado hizo también grandes progresos bajo la influencia occidental: lo prueban numerosísimas medallas.

Si el nombre de Alejandro el Macedónico no se menciona en

¹ Goblet d'Alviella, *Ce que l'Inde doit à la Grèce*, p. 109; Eugenio Monseur, *Inde et Occident*, p. 30.

² A. Weber, *Indische Skizzen*, p. 85.

³ Cunningham, Fergusson, Lejean, etc.



RUINAS DE MARTAND

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

ningún documento hindu, se citan otros personajes griegos de las épocas posteriores: primero un Alikasunari (Alejandro) de la corte de un Seleucida, Antioco, y un Menandro, que avanzó victoriosamente por un lado hasta la Djamna, y por otra parte hasta la península de Gudjerat. El nombre de Dattamitra, un Demetrio, es también conocido, y el Mahabharata entra, por último, en la historia hablando de Turamaya — Ptolomeo, — el matemático y geógrafo que intentó fijar las formas precisas del contorno peninsular¹. Hasta desde el punto de vista religioso hay un cierto cambio de ideas, como lo atestigua un pasaje del Mahabharata (libro 18), introducido, según Weber, hace unos dieciséis siglos, en el gran poema indio. Esta narración refiere la leyenda de un peregrino brahmán que se había dirigido hacia el país de los «Hombres Blancos», donde existe una ciudad en que se reconoce Alejandría, y allí fué iniciado en los misterios del culto de Krichna, tal como se practicaba en ese país lejano.

Produjéronse allí ciertamente infiltraciones recíprocas entre los cultos búdhico y católico, pero no existe analogía, como han preten-

¹ A. Weber, *Indische Skizzen*, p. 96.